

## **ZORBA EL GRIEGO DE NIKOS KAZANTZAKIS**

**Hugo Francisco Bauzá\***

**Universidad de Buenos Aires**

**Resumen:** En la novela "Zorba el griego" Nikos Kazantzakis invita a desechar la perspectiva exclusivamente racional y a aceptar la vida en una manera emocional. En este sentido, frente a una lectura apolínea de lo vital, Zorba propone sin embargo una línea dionisiaca que alaba los valores supremos de la naturaleza humana.

**Palabras claves:** Nikos Kazantzakis, *Zorba el griego*.

### **ZORBA THE GREEK BY NIKOS KAZANTZAKIS**

**Abstrac:** In the novel "Zorba, the Greek" Nikos Kazantzakis invites to give up a perspective only rational and to accept life in an emotional way. In that sense, in face an apollinean lecture of vital, Zorba proposes, however, a dionysiac line that eulogizes the supreme values of human nature.

**Key words:** Nikos Kazantzakis, *Zorba the Greek*.

**Recibido:** 2 de marzo de 2005 - **Aceptado:** 17 de mayo de 2005

<p><b>Correspondencia:</b> Hugo Bauzá (<a href="mailto:hfbauza@yahoo.com.ar">hfbauza@yahoo.com.ar</a>) Domicilio: J. Newbery 2411 / 1426 - Buenos Aires</p>
---

---

\* CONICET – Univ. de Buenos Aires

El presente trabajo fue presentado en el Coloquio internacional "Rythmes et lumières de la Méditerranée" celebrado en la Université de Perpignan (20-23 de marzo de 2002), y publicado en el n° 25 de *Le regard crétois*.

## Hugo Bauzá. *Zorba el Griego* de Nikos Kazantzakis

**K**azantzakis es, básicamente, un espíritu mediterráneo: nació en Creta, en pleno corazón de esa cuenca marina, su obra es consciente atrapada por el ritmo y la luz de ese mar y una parte significativa de la misma -en especial su *Odisea* “un océano de poesía”<sup>1</sup>- fue compuesta también frente al Mediterráneo, en Antibes, durante su exilio. Por lo demás, Kazantzakis, al considerar su formación interior expresó “mi cerebro es occidental, el impulso que me empuja hacia arriba es la llama oriental y mi corazón es africano” y, en ese aspecto, hay que recordar que el Mediterráneo es el ámbito que posibilita que Oriente, Occidente y Africa se fundan en un sincretismo viviente cuya *dýnamis* opera más allá de la razón y de las circunstancias anecdóticas signadas por la historia o la política. En *Zorba, el griego* el autor, al considerar el Mediterráneo, dice que “en ninguna otra región pasa uno tan serena, tan fácilmente, de la realidad al ensueño” (cap. II) con lo que da a entender que el Mediterráneo, a los espíritus sensibles, se impone como un tránsito a otra dimensión de la existencia. El Mediterráneo embriaga, seduce y testimonio de ello el novelista nos refiere que flotando sobre ese mar “una gaviota saborea feliz la dulce voluptuosidad del abandono” (cap. III).

La metáfora con la que el novelista explica a Grecia -un palimpsesto donde se superponen diferentes escrituras sucesivas-, es también aplicable al Mediterráneo. Grecia había logrado armonizar fuerzas opuestas que estuvieron enfrentadas, había alcanzado la unidad, había obtenido el milagro de transformar el caos en cosmos y es ése también el impulso que parece alentar en las obras nacidas del influjo de ese vasto mar.

Gracias a la experiencia en su Creta natal, Kazantzakis experimentó el hechizo que brota del Mediterráneo al mismo tiempo que se percató de la magia de su luz que -en su lenguaje- inmaterializa las montañas, las aldeas y a la tierra misma; no se trata de una luz meramente física, sino de una sólo perceptible con los ojos de la imaginación. Este mar y esta luz son los que sustentan el relato que nos ocupa -*Zorba el griego*-.

*Zorba* es una novela de madurez escrita en lengua neogriega; la compuso en 1941, durante la II guerra mundial. Se trata de un manifiesto existencial donde lo dionisiaco ocupa un sitio dominante. Ante el horizonte sombrío que le depara la contienda bélica, en esta obra el novelista -*de manera soteriológica*- descubre y exalta la maravilla de existir.

Este relato, por las referencias concretas a la vida cotidiana, a las tradiciones y a las creencias del pueblo griego, si bien se conecta con la

---

<sup>1</sup> En feliz expresión de Miguel Castillo Didier, en carta al suscripto del 12.II.2002.

novela de costumbres, por sus preocupaciones gnoseológicas, teológicas y metafísicas, en cambio, supera lo realista-naturalista y se proyecta *a un plano simbólico* cuya clave radica en la progresiva liberación de la materia y en un adecuarse al ritmo cósmico que lo todo envuelve.

Laten en él, además de las huellas de Homero, Nietzsche, Theilard de Chardin y Camus, entre las más notorias, la de Bergson, autor en quien Kazantzakis encuentra una tendencia vitalista inherente a su naturaleza. Eso se aprecia en su concepción de la intuición y del instinto, que le permiten conocer las cosas en lo que tienen de esencial y entender la vida como *constante creación, como ímpetu vital que lucha por liberar al hombre del lastre de la materia*. Y en ese sentido Zorba, el personaje en torno de quien está estructurada la novela, es un ejemplo claramente significativo. Este propone un llamado a la alegría de vivir y sobre su modelo Kazantzakis se da cuenta de que si la existencia es el único bien valioso que nos compete, es preciso aprovechar cada instante, gozando incluso del cuerpo y de todos los bienes que la tierra nos prodiga. Si bien este hecho, aparentemente, parece ser una recurrencia al tópico del *carpe diem*, el novelista sin embargo no olvida que la muerte es el único medio capaz de transformar en inmortal lo efímero de nuestra existencia.

Se aprecia en esta obra la búsqueda afanosa de un dios invisible que, finalmente, y gracias a Zorba, Kazantzakis lo intuye como creación continúa, como energía en desarrollo cuyo *ritmo* envuelve la vida en un perpetuo hacerse. En ese sentido, en su *Odisea*, el punto más alto de su itinerario poético, Kazantzakis apunta: “no amo al hombre, amo la llama que lo devora”.

A través de la avasallante y fogosa personalidad de Zorba se le hace patente al narrador que el grito, la danza, la poesía y otras manifestaciones brotadas de manera espontánea, escapan a los límites estrechos de la razón, dado que ésta no tiene capacidad para contenerlos.

A este escritor teleológico que a todo busca un fin, el errático accionar de Zorba le desarticula sus rígidos esquemas y le desbarata el juego de su dialéctica; ello se debe a que Zorba vive y goza la magia de la eternidad en el instante.

Lo atrayente de la inasible personalidad de Zorba es que advierte sobre los límites de la razón, sobre lo imperioso de valorar las cosas esenciales que atañen al espíritu, sobre el deseo de sacar a luz fuerzas creativas preternaturales y, con ellas, la aceptación del *páthos* y, aunque sorprenda, el reconocimiento de un sentido sagrado que rige la existencia del hombre.

## Hugo Bauzá. *Zorba el Griego* de Nikos Kazantzakis

*Zorba el griego*, al igual que el resto de la obra de Kazantzakis, es el testimonio de un combate interior por lo que su mensaje trasciende el reducido marco de lo griego y se proyecta a lo universal, pues su tema es el hombre en busca de su trascendencia y, por ende, de su posible inmortalidad.

Zorba siente una fuerza palingenésica no explicable de manera racional, la que expresa por medio de la danza; sólo ella es capaz de sacar a luz la conmoción *pánica* que experimenta el viejo obrero ante acontecimientos extraordinarios y en esa danza Kazantzakis advierte también “la lucha del alma por liberar la carne y lanzarse con ella, como un meteoro, en las tinieblas” (cap. IV). Zorba, más que con palabras, “habla con las miradas, con las manos, con las rodillas” (cap. VII); “nunca jamás –dice el novelista- había presenciado tan animoso entendimiento entre un hombre y el universo” (cap. XI).

La clave de la novela va siendo revelada al lector de manera paulatina, a medida que el autor refiere el *thaûma* o asombro de que es presa frente a este ser singularísimo que actúa por impulsos que escapan a la órbita de lo racional. A los ojos de Kazantzakis Zorba poseía el don que los dioses reservan a sus elegidos -una vitalidad inagotable y una imaginación de visionario- merced a los cuales tiene el poder de transfigurar lo real. Zorba, que obedece ciegamente al mundo de la emoción, vive en una dimensión mítica que le permite inventar una realidad que no condice con el mundo ordinario tal como lo intelige Kazantzakis; a éste Zorba lo sorprende y deslumbra en cada uno de sus actos, los que le demuestran que su ruda clarividencia de campesino, puede más que el saber libresco del narrador; cuando Zorba hablaba –dice Kazantzakis- “se renovaba ante mí la virginidad del mundo” (cap. IV).

Frente a este *daímon* avasallante (“tengo un demonio dentro y se llama Zorba”, “¿si pudiera realizar todo lo que me ordena el Zorba interior, quedaría pasmado el mundo!” –cap. XIII-), Kazantzakis se siente sólo un contemplativo, mas -merced a su amigo y maestro- aprende que cada uno debe buscar por sí mismo el camino de la redención, ya que éste no puede ser alcanzado mediante doctrinas o fórmulas librescas, sino urdido a partir de la experiencia, por más dolorosa que ésta sea. Frente a ese parecer incontrastable, golpean en la mente del novelista palabras de Zorba cargadas de una sabiduría ancestral: “¿cómo podrías entenderlo tú con ese espíritu dañado por los libros?”

Un diálogo significativo se presenta en el cap. VIII de esta novela cuando el obrero Zorba dice a su patrón:

-“Te diré la idea que se me ha ocurrido, patrón; pero no tienes que enojarte: sería la de meter en una pira todos tus libros y darles fuego. Quizá después de eso, como no eres tonto y eres un buen tipo, podría sacarse algo de ti.

- “¡Tiene razón! ¡Tiene razón!, -exclamé en mi interior-. ¡Tiene razón, pero no puedo hacerlo!”

Finalmente Zorba le agrega “querría decirte algo más, pero si intento expresarlo lo echo todo a perder. Un día que me halle bien dispuesto te lo bailaré.”

El ritmo de su danza crea una dimensión transterrenal que se erige por sobre la realidad cotidiana y, por cierto, la trasciende.

En cuanto a la perennidad de este relato la misma radica, entre otros hechos, en que el autor supo idear una suerte de leyenda heroica en torno de un ser que apuesta por la vida, precisamente en un tiempo desacralizado en que el hombre se ensaña en destruir mitos y héroes; tal lo que sucede con Zorba “un santo de nuestro tiempo que expresa lo esencial por medio de la danza”<sup>2</sup>; de ese modo Kazantzakis, en su búsqueda de lo trascendente, confió a la danza de Zorba lo que no podía ser expresado con palabras, dado que -en su lenguaje metafórico- *lo divino o la energía vital es un principio dinámico no aprehensible mediante la rigidez del lenguaje.*

El relato muestra la oposición planteada por Nietzsche en *El nacimiento de la tragedia* entre lo apolíneo y lo dionisiaco y cómo, en la óptica vitalista asumida finalmente por el narrador, lo dionisiaco se impone como dominante al final del relato.

Del vívido mensaje de Zorba y como forma de sacudir al autor de su molición burguesa, parece desprenderse la siguiente pregunta: “¿Cómo puedes llegar a las entrañas del abismo y fecundarlas?” Se trata de una vivencia que no puede ser transmitida en palabras.

*Zorba, el griego* relata la historia de una amistad y una aventura autobiográfica que le ocurrió al novelista durante tres intensos meses del año 1917 con un aldeano sencillo, pero cargado de sabiduría y vitalismo –Jorge Alexis Zorba-, frente a cuyo comportamiento desconcertante el narrador se siente deslumbrado; este hecho le acaeció luego de su peregrinaje al Monte

---

<sup>2</sup> Según la lograda caracterización de Roger Garaudy, cit. por Marie-Louise Bidal-Baudier, *Niko Kazantzakis. Cómo el hombre se hace inmortal*, versión de P. Canto, Buenos Aires, Ed. C. Lohlé, 1986, p. 222, nota 3.

## Hugo Bauzá. *Zorba el Griego* de Nikos Kazantzakis

Athos en compañía de su amigo el poeta Angelos Sikelianos en que el narrador se sintió atraído por la mística.

Kazantzakis había emprendido con este viejo minero la explotación de una mina de lignito al sur del Peloponeso<sup>3</sup>; el fracaso en esa empresa, lejos de sumirlo en una tragedia, termina como *una manifestación entusiasta* que pone de manifiesto la exaltación dionisiaca de la vida. La novela no es otra cosa que la historia de esa fallida empresa minera transfigurada en símbolo de la aventura humana y sellada por la amistad de dos seres que terminan hermanados en el misterio de vivir.

A través de esta novela, Kazantzakis pretende comunicar un impulso gozoso y panteísta a un mismo tiempo.

El relato nació como consecuencia de la oposición entre su estado de ánimo de esa época (inclinación por la contemplación búdica, renuncia a la carne, busca de ascesis), frente al descubrimiento de un ser que no es más que instinto, alegría de vivir, gusto por la acción y la aventura, ingenuidad, frescura y una sensibilidad inusitada que le permite ver a los seres con una mirada siempre renovada y, gracias al cual, finalmente logra cambiar.

Para Kazantzakis *Zorba* representa la liberación de las normas, del conformismo, de los miedos, de los prejuicios, de la vida burguesa, de lo sometido a reglas y la posibilidad de abrirse hacia el abismo.

Su amigo Prevelakis sostiene que de *Zorba* recibió el impulso que le faltaba para desatarse de las convenciones que lo sofocaban, de permitir la libre expansión de su naturaleza y reconciliar así el antagonismo entre la carne y el espíritu. *Zorba*, con su vitalismo, lo instaba a que lo siguiera por el camino de una *locura aventurera*, pero Kazantzakis no tuvo el coraje necesario pues primaba en él el ser libresco, el *cagatintas* que entonces era.

La anécdota con que se inicia la novela parece trivial: dos hombres se conocen circunstancialmente en un cafetín portuario, en El Pireo. *Zorba*, el mayor, un macedonio de 65 años, es un trabajador, casi iletrado, enteramente pasional y que se deja llevar sólo por los instintos pero quien, a su vez, posee una sagacidad y una intuición agudísimas; es también un ser con una *páthos* desbordante y una vitalidad extrema. El otro, un cretense de 35 años –un disfraz del propio Kazantzakis– se presenta, en cambio, como un individuo que vive librescamente –*Zorba* con ironía afectuosa lo llama “rata papiróvara”– y que no se permite dar rienda suelta a sus pasiones y hasta parece poner freno incluso a su capacidad de sentir; más que vivir la vida, la

---

<sup>3</sup> *Ad hoc* cf. Eleni N. Kazantzaki, *Kazantzaki, el disidente*, Barcelona, Planeta, 1974, p. 55.

ve pasar y está como impedido de “zambullirse” en los torbellinos de la vida misma. Con todo, gracias a Zorba, advierte, en ocasiones, que “la vida es sólo un relámpago” (cap. X) y que “divina es la fuerza imperecedera que transforma la materia en espíritu” (*ibid.*).

Ambas figuras encarnan respectivamente los principios dionisiaco y apolíneo. La magia del relato es la manera como el viejo minero, *mediante un ritmo sorprendente que se manifiesta en todos y cada uno de sus actos –y cuyo punto más alto es la danza-* va envolviendo a su amigo ocasional al extremo de sumergirlo en su vértigo que, en el fondo, no es otra cosa que el intento de adscribirlo al ritmo del cosmos.

El relato muestra el triunfo de lo dionisiaco, puesto que, a la vez que anula el principio de individuación, sumerge al iniciado en el seno mismo de la naturaleza. Tal lo que logra Zorba con una conducta aparentemente extraña –no olvidemos que Dionisos es el *extraño*<sup>4</sup>, el dios extranjero y *aquí parece corporeizado en la figura de Zorba-*, conducta plena de furor y éxtasis que cautiva al narrador; éste, poco a poco, va sorprendiéndose por el comportamiento espontáneo e impredecible del macedonio, por su singular filosofía de vida y por su conocimiento de los hechos y de los hombres mucho más intenso y veraz que el que Kazantzakis podría haber hallado en los libros.

El proceder vitalista de Zorba, su actitud siempre exultante, su disposición a gozar en todo momento de cualquier circunstancia que se le ofrezca, van mostrando a Kazantzakis un perfil de la existencia que su visión teórica no había alcanzado siquiera a vislumbrar. Se advierte en esa actitud la posibilidad de llegar a Dios no a través del sufrimiento y el renunciamiento sustentados por el cristianismo, sino –*en una suerte de dionisismo redivivo-* el encanto de palpar lo divino mediante el goce y el éxtasis en las cosas menudas y por el solo milagro de existir. Zorba, por lo demás, no aspira a la beatitud divina, sino que se conforma con la soledad de su heroísmo terreno.

En su visión dionisiaca, la muerte es tan sólo uno de los rostros de la vida misma (“también la muerte se muere a cada instante y renace a cada instante, lo mismo que la vida” –cap. XXII-). Lo significativo del mensaje de este aldeano –y lo que más sorprende a Kazantzakis- es que la espiritualidad también puede alcanzarse por la *glorificación dionisiaca de la existencia*: el goce de lo sexual, el degustar una copa de ron, el dejarse envolver por el ritmo de una melodía, el entregarse al vértigo de la danza...

---

<sup>4</sup> Cf. Marcel Detienne, *Dioniso a cielo abierto*, versión esp. de M. Mizraji, Barcelona, Gedisa, 1986.

## Hugo Bauzá. *Zorba el Griego* de Nikos Kazantzakis

Kazantzakis viene a darse cuenta, asombrado, de que “el sentido de las palabras arte, amor, belleza, pureza, pasión, me lo estaba aclarando este obrero con las voces humanas más sencillas” (cap. I).

Lo que Kazantzakis había descubierto *librescamente* en la filosofía de Bergson –sobre la que había escrito un ensayo en 1912- es lo que espontáneamente le enseña este ser casi sin instrucción. Ello se vincula con la idea de libertad, con la posibilidad de que el individuo –tras romper con la cotidianidad de sus hábitos, las normas sociales y las barreras que impone el lenguaje- encuentre su *yo profundo* y se adecue así al ritmo que dinamiza a los seres y que en lenguaje mítico no es sino la danza cósmica que todo lo contiene: *la dionisación del universo*. Pero para ello el novelista nos enseña que es menester una pizca de locura, que se logra, no a través de la infusión de manzanilla, sino mediante una copa de ron, “que te permite ver el mundo al revés” (cap. XXVI).

Este minero rústico –que en sus momentos sublimes prescinde del lenguaje oral y recurre a la danza o al sonido de su santuri- representa el *élan vital*, la fuerza telúrica, la pasión, la sed de infinito, la alegría de vivir y la posibilidad de gozar y también de padecer –de manera visceral- los grandes hechos que competen a la natura humana.

La oposición que inicialmente se ve en ambos personajes es radical y se aprecia aun en circunstancias aparentemente insignificantes; por ejemplo, en el momento de sellar el contrato que los vinculará –en un primer momento laboral, más tarde, entrañablemente fraterno- Kazantzakis pretende hacerlo con una taza de salvia y el hecho de que Zorba lo obligue a que sea con ron, demuestra no sólo el imponerse de Zorba merced a una personalidad más fuerte que la de su “patrón”, sino también la impronta dionisiaca que irá *in crescendo* a lo largo del relato –“con el vino –dice Zorba- el mundo baila enloquecido”, (cap. III)-.

Este tono dionisiaco será constante y su punto más alto estará dado cuando casi al final del relato Kazantzakis, absolutamente fascinado por la personalidad de Zorba y vencido en cuanto a la inutilidad de su esfuerzo libresco por explicar los misterios de la existencia, le pide al viejo obrero que le enseñe a bailar. De ese modo se pone de manifiesto su necesidad de integrarse –*mediante la danza*- al ritmo de la vida, que no es otra cosa que, abandonando su principio de individuación, su entrega incondicional al delirio y frenesí que nacen del baile.

Esa conversión también se advierte de manera patente cuando, tras el fracaso material de la explotación de la mina en que ambos estaban empeñados, lejos de amargarse por la derrota, ríen de manera estrepitosa por



el convencimiento de que gracias a ese fracaso ha sido posible el descubrimiento de dos almas gemelas pues, a la postre, enlazadas ante el destino trágico que se cierne sobre su condición humana, y presas ambas del ritmo envolvente que las atrapa, se reconocen hermanas en el inescrutable misterio de la existencia.

A lo largo del relato, Zorba, por un acto de amor, inicia a su patrón en los arcanos de la vida. Así, le descubre el goce en el sexo, el placer que depara ver el mundo como si cada vez se lo mirara por vez primera, el gusto por una buena comida, el éxtasis que provoca la bebida, el deleite que procede de dar rienda suelta, en ocasiones, a los impulsos que dominan al hombre; quitaesenciar todas las sensaciones -saber olfatear el olor a hembra tal le como ocurre con el caso de la viuda (cap. XIII), deslumbrarse ante un amanecer (cap. I), deleitarse con una copa de ron, dejarse envolver por el ritmo del oleaje (cap. VI), gustar de la fragancia a la resina de los pinos, embeberse del olor a tierra mojada-. Y a medida que Zorba devela a Kazantzakis esos “misterios” de la naturaleza, por obra del hechizo que emana de sus palabras, nos inicia también a nosotros, lectores, pues –merced a la taumatugia del arte- el vértigo cautivante de la danza de Zorba trasciende el ámbito del relato y se inscribe en un tiempo y un espacio imaginarios. “En el guijarral –dice Kazantzakis-, los pasos de Zorba, impetuosos y hábiles, iban trazando la historia demoníaca del hombre (...) Jamás había experimentado semejante júbilo en mi vida”, revela el novelista (la versión fílmica de este relato, que aún hoy goza de notoria celebridad, supo captar a través de la imagen, con majestad solemne, el vértigo de esa danza).

Zorba es un ser eminentemente sensitivo que goza de todas y de cada una de las situaciones de la existencia. Merced a ese goce prescinde del carácter teleológico que caracteriza a su patrón para quien todas las cosas deben tener una razón y un para qué. El viejo minero le demuestra que las cosas esenciales que competen al hombre –el amor, la creación, la danza, la muerte...- carecen de una explicación racional y que todo intento por desentrañar su esencia, lejos de conducirnos a la luz, sume al hombre en una profunda melancolía, incluso de raíz existencial. Y Kazantzakis, deslumbrado por la sabiduría ingenua y espontánea de este ser estrafalario, queda pasmado ante esa verdad incontrastable, a la vez que cuestiona la inutilidad de su esfuerzo libresco.

El propósito socrático de dar una razón última y buscar un fundamento a los hechos –cualesquiera éstos sean-, cede ante el *páthos* dionisiaco que muestra al hombre que así es la vida -un torbellino de amor y muerte- y que todo intento por explicarla carece de sostén, pues quien

## Hugo Bauzá. *Zorba el Griego* de Nikos Kazantzakis

emprende esta tarea, de entrada, está condenado al fracaso.

En la óptica dionisiaca planteada por Zorba si bien el fin del hombre es la muerte, ésta no debe de ser vista como un hecho trágico y definitivo, sino como una circunstancia necesaria que hace posible que la vida –más allá de los nombres y de la individuación apolínea- continúe su marcha ininterrumpida. En esa apreciación vitalista, Kazantzakis conjuga tanto las ideas nietzscheanas, cuanto el *élan vital* de Bergson, la filosofía de G. Simmel, la teología de Theillard de Chardin y, entre otras influencias, una cierta dosis de panteísmo que recoge ya de las primitivas poblaciones de la cuenca mediterránea, ya del convencimiento intuitivo de que detrás del mar, de los árboles, de los animales y del hombre intuye la presencia de un hálito que alienta todo lo viviente, sea éste Dios, el primer móvil, el *élan vital* o la fuerza dionisiaca que dinamiza las especies. De ese modo nos advierte de que lo real no es sólo lo que permanece indefinidamente igual a sí mismo, *sino lo que se metamorfosea en otras formas orgánicas* o, en el lenguaje órfico, *el movimiento de la vida que nunca cesa*.

Frente al silencioso desenvolvimiento de la fuerza vegetativa que dinamiza las especies, lo importante es advertir el *kairós*, es decir, el ‘momento’ en que ese misterio se deja entrever y que no es sino la forma de una nueva *hierofanía*; otra etapa reinicia entonces su curso con lo que nuevamente vuelve a darse el acto cosmogónico originario. Ante esa circunstancia natural, pero de la que el común de los mortales no se percata, Zorba tiene abiertas las antenas de su imaginación, dado que para este “primitivo” no contaminado con las limitaciones que impone lo racional, entre él y lo natural no existe velo que los separe. Ello se debe a que, merced a su comportamiento libertario, no vive el tiempo profano, sino uno ritual en cada uno de sus actos, y *estos actos constituyen una reafirmación y una celebración de la existencia*.

Este viejo obrero, que se comporta impelido por la fuerza compulsiva de la acción, aunque no lo expresa con palabras, tiene como meta *transformar la materia en espíritu*; así lo pone de manifiesto en su danza gracias a la cual se transporta a otra dimensión de la existencia. En su afán de absoluto, hace que estallen en pedazos las ataduras de su ser para poder alcanzar así la libertad y de ese modo, abandonado al arbitrio de fuerzas invisibles, rompe con el molde coercitivo de la individuación para dejarse arrastrar por el ritmo indiferenciado e irrefrenable de lo dionisiaco.

Zorba –un ser eminentemente telúrico, una especie de sátiro mediterráneo, un ímpetu avasallador, una naturaleza panteísta que se identifica con las potencias activas del mundo y que en una entrega plena se

adhiera gozoso al ritmo imponente de la naturaleza- ilustra la afición a la vida y representa todo lo que Kazantzakis hubiera querido ser, pero que su naturaleza intelectual se ha empeñado en reprimir (“si pudiera borrar todo y entrar en la escuela de Zorba y comenzar de nuevo el aprendizaje del grande, del verdadero alfabeto... ¡Qué distinta sería entonces la senda que seguiría! Ejercitaría los cinco sentidos (...) llenaría con carne mi alma. Llenaría de alma a la carne. Reconciliaría en fin, dentro de mí, a estos dos enemigos seculares”); finalmente, gracias a este aldeano iletrado, a este *daímon* de la naturaleza, el novelista logra –en la ficción del relato- liberarse del peso material de la existencia y, entre asombrado y pletórico, *entregarse al ritmo de la danza*. La *metánoia* o conversión se produce casi al final del relato cuando el narrador le pide a esta suerte de chamán: “-Ven, Zorba, enséñame a bailar.”

“¡Eh, muchacho mío, ahora tú bailas también y aprendes a conversar en mi lengua” (cap. XXV).

La personalidad deslumbrante de Zorba se impone como un llamado para que Kazantzakis dé sentido a sus luchas interiores y tome conciencia de su derecho a exigir a Dios le aclare el significado de esta incomprensible aventura humana. Así lo expresa el viejo minero al contarle la muerte de su hijito. Conmovido por esa pérdida -¡e indignado ante lo injusto de los designios de Dios!-, le refiere que cuando eso ocurrió, a Zorba no le bastaron ni las palabras, ni el llanto con que exteriorizar su dolor, y para ello fue menester que danzara en una suerte de catarsis. (“Existe en mí –dice Zorba- un demonio que grita y yo hago lo que me manda” y “cada vez que me encuentro a punto de ahogarme, me ordena: ¡Baila!, y yo bailo, ¡y me siento aliviado!”) Años más tarde, en una obra de carácter filosófico -*Ascesis*- Kazantzakis sostendrá que lo que se vive en el dolor o en el éxtasis, nunca se puede retener mediante el lenguaje, con todo, es preciso luchar denodadamente para fijarlo en palabras.

A través del accionar de este ser “poseído” Kazantzakis pretende que el hombre descubra sus funciones sagradas; de ese modo le indica que el espíritu representa la parte indestructible del universo, a la vez que le muestra la huella de la obra divina en la que el hombre debe comportarse -en lenguaje de Theillard de Chardin, que Kazantzakis asume y reelabora como propio-, como un co-obrero de Dios. Así cobran sentido su esfuerzo y sufrimientos, he aquí el designio de su misión y el aspecto más noble de la aventura humana. “Nuestro deber es hacer un intento por hallar el ritmo del progreso de Dios, y cuando lo hayamos encontrado, ajustar, en la medida de nuestras

## Hugo Bauzá. *Zorba el Griego* de Nikos Kazantzakis

posibilidades, los ritmos de nuestra vida angosta y efímera a la suya; tan sólo de esta manera nosotros, mortales, podemos realizar algo inmortal”<sup>5</sup>.

De la filosofía vitalista de este aldeano, el novelista extrae formas de vida y pensamiento, orientadas a la libertad –y en ese sentido Zorba se presenta como un ser libre y libertario por antonomasia- y que, más tarde, Kazantzakis condensará en su epitafio: “no temo nada, no espero nada, soy libre” (tal idea condensa su visión de lo que es ser hombre: “Sólo aquél que quiere ser libre es un ser humano”).

En su rechazo de dogmas tranquilizantes y de soluciones prefabricadas y en su conciencia frente al carácter trágico de la condición humana, el novelista se anticipa en cierto aspecto al existencialismo de Malraux, Camus o Sartre. Pero, a diferencia del nihilismo que embarga a éstos, hay en el cretense un anhelo de eternidad, una búsqueda de todo lo que sobrepase las fronteras y los límites de lo humano, por riesgosa que ésta sea.

De ese modo Zorba recurre a la acción y a manifestaciones del arte popular tales como tañer el santuri o danzar, formas éstas con que domesticar la muerte y dominar temporariamente la angustia por la existencia. Con todo –fiel a una tradición que se remonta al clasicismo griego-, no olvida que el hombre, en suma, no es sino una partícula diminuta a la deriva en el océano de la muerte.

Como bien advierte M.-L. Bidal Baudier<sup>6</sup>, en Zorba se rompe la envoltura humana pues ésta es incapaz de cobijar a un fuego tan intenso –“su cuerpo no lo contenía, ni el canto, ni siquiera la danza”- por lo que, para Kazantzakis, su biografiado deviene una invitación al vértigo y a adscribirse a un ritmo cósmico irrefrenable: “el ritmo infalible del año, la rueda rodante del mundo” (cap. XV).

Zorba es de aquellos seres que con su *mirada sagrada* atraviesan el caos de la historia para revelar a nuestra conciencia otra realidad situada fuera del tiempo y ponernos así en contacto con las fuerzas palingenésicas que sustentan la existencia<sup>7</sup>.

En marcada oposición al quedantismo burgués aprendió, del Zaratustra nietzscheano, a vivir en estado de riesgo, a otear el abismo sobre el cual está suspendida nuestra existencia, a buscar un destino sólo por nuestra

---

<sup>5</sup> Bidal-Baudier, *Op. cit.*, p. 140.

<sup>6</sup> Nikos Kazantzakis. *Cómo el hombre se hace inmortal*, *Op. cit.*, p. 105.

<sup>7</sup> Cf. Kostas E. Tsirópulos, “Kazantzakis, testigo de nuestro siglo”, en Olga Omatos (Ed.), *Tras las huellas de Kazantzakis*, Granada, Athos-Pérgamos, 1999, p. 261.

propia cuenta. El último mensaje que Nietzsche cree oír del profeta, quien lo murmura en voz baja, casi como una confidencia, dice:

“Ponte en camino enteramente solo, avanza y llega a la meta; en la meta encontrarás el abismo. Míralo. Es lo único que te pido: mira el abismo y no te dejes invadir por el pánico. No te pido más. Es lo que yo mismo he hecho y mi espíritu vaciló, pero tú debes mantener tu espíritu inquebrantable. ¡Sobrepásame!”<sup>8</sup>.

La vida de Zorba es el testimonio de la existencia de seres provistos de una imaginación desbordante y que se expresan no por medio del lenguaje ordinario, sino mediante el ritmo que espontáneamente brota de su cuerpo; en ese sentido su “danza” se erige como símbolo de una proyección en la que se combina una serie de elementos que expresan una semántica fluidica, energética, no aprehensible mediante el recurso de las palabras. Su danza es también una incitación que permite en el *ritmo* incesante y misterioso del universo.

---

<sup>8</sup> Cit. por Bidal-Baudier, *Op. cit.*, pp. 111-112.

